



### «DERNIER CRI»

(LA NIÑA BIEN SE LIA CON LA CULTURA)

Hoy, la niña bien ya no tiene delirios de grandeza, lo que tiene hoy son delirios ideológicos. Y uno observa con endulzada envidia cómo la moza con «pedigree», aunque suene a choteo, se gradúa en la asignatura que gobierna la psicología de clase moderna, es decir, la antropológica idioticia estructural. Que si, que la disenteria cerebral que las domina ya no las deja distinguir entre «Fuerza Nueva» y «Mundo Obrero». Pero por lo visto la cosa va en serio. Con su alienación y su represión sexual auestas, las damiselas se han integrado, y por cierto, con qué elegancia más demoliberal: casi no se les nota la sofisticación neofascista. Claro, como beben tinto peleón, no se les nota. El montaje está minuciosamente estudiado. La conciencia samaritana, el escapulario en la pechuga y los desprecios clasistas los llevan adecuadamente clamificados para que la bohemia disoluta y el academicismo de salón no les vea el plumero. Saben más que Lepe estas debutantes con olor a primulas, y tienen peor nata que donde la hacen. Te miran en los ojos, te meten las pestañas postizas en el entendimiento y te acusan de pequeño burgués como quien no quiere la cosa, citando a Pemán y atribuyéndose al pobre de Nietzsche. Eso, cuando no mentalizan su encallado erotismo bañado en suspiros modelo «mezzanotte» para hacer frases con sabor a obrero con «chantilly». Vamos, que las pájaras se han liado con la Cultura y se encaman con cualquier tesis, para ellas, contestataria (por ejemplo, la de la crueldad que hay en la doma del seminarista o la de la inseguridad que ellas ven en un régimen democrático). Sí, con eso se encaman, porque la alcoba sólo la utilizan para pringarse de cosméticos y darse friegas con Remigio Martín, pensando en cómo organizar la próxima cuestación en favor de los niños sin cordón umbilical.

Y es de lamentar que estas criaturas, de voz atiplada y labios desmayados al modo de Rubén, no sean lo femeninas y encantadoras como las mil y una orgías con que sueñan. O, sin ir tan lejos, cuando echaban de comer a los lobos de sus fincas alimentos tan ricos en proteínas como eran los gañanes y jornaleros, que les regalaban sus señores padres para celebrar el estallido de la pubertad con alegría. Porque aquello era tan distinto de lo que ahora predicán, que a uno le hacen sospechar que no es oro todo lo que reluce. En resumen, la niña bien le tira los tejos a la inteligencia, cohabita con la imaginación, le saca zumo de limón al psicoanálisis y le toca el lerele a la estadística. Pero su libre albedrío sigue enclaustrado en un preservativo de nácar, y buena prueba de ello es que a la hora de casarse (su más secreta vocación) ya no se acuerda de Marcuse, según ella, el último Premio Planeta.

JIMMY CORSO

